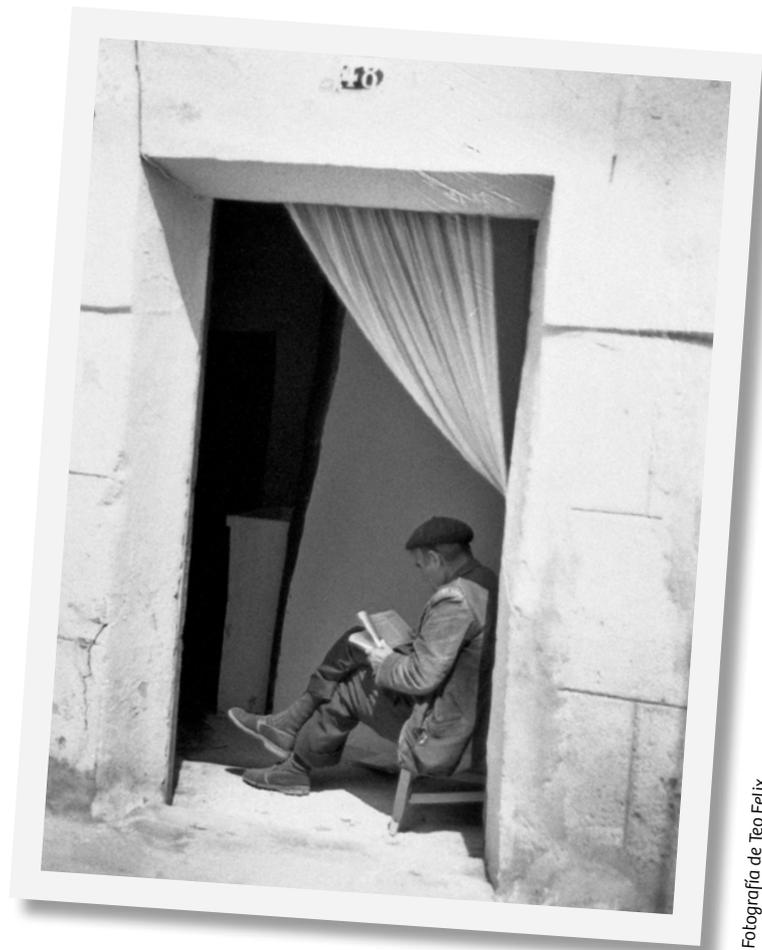


Defensa de la soledad

Sergio Gómez



Fotografía de Teo Felix.

“ Solo desde la independencia puede el hombre construirse. La soledad es, entonces, un ingrediente de la felicidad. ”

La soledad es imposible pero hay que conseguirla. El hombre no puede materialmente estar solo, apartarse, estar consigo. Se le reclama continuamente para estar con los demás. Le llama el asfalto, el ruido, la lágrima, la risa o el trabajo. Siente continuamente la llamada de todo aquello que le conduce a relacionarse, a vivir en comunidad. Y esa llamada es la prueba de que, al menos en un sentido, es un animal social, como decía Aristóteles. Somos gregarios, nos necesitamos como miembros de la manada. Necesitamos el diálogo y la comunicación para cubrir nuestras necesidades vitales. El ocio que se desa-

rolla en la cita con el semejante suele estar ligado a necesidades, sean éstas naturales o artificiales y, en muchas ocasiones, destinado a actividades de consumo. Es éste un ocio vacío, efímero, siempre necesitado de satisfacerse y nunca del todo satisfecho. Ocio pasivo que no proyecta nada más allá de la práctica ociosa. El hombre se llena en él de experiencias como si estuviera comprando y llenara su carro de productos.

Frente a esa tendencia hacia la vida en sociedad se encuentra otra parte de nuestra naturaleza, la de animal solitario. Al lado del hombre que se comunica, o incluso dentro de éste, está el hombre que se recoge en sí mismo, reflexiona separado de la manada e incluso pone en duda los modelos establecidos. El animal libre requiere del alejamiento, necesita de la soledad. Aunque sea inalcanzable busca conseguirla. Solo desde la independencia puede el hombre construirse. La soledad es, entonces, un ingrediente de

la felicidad. No hablo de la soledad impuesta. No hay peor sensación que la de sentirse solo, mirar y no encon-

“ Defiendo el ocio activo de la soledad, en el que huir es secuestrarse. ”

trar y que, a la vez, nadie te encuentre. El fantasma invisible de un palacio donde se celebra una gran fiesta es un espíritu desgraciado. El hombre quiere la soledad elegida: gestionar su aislamiento, usarlo como material. No se trata de promover una soledad incompatible con la amistad, el animal solitario puede ser amable. No podemos desdeñarla, es una fuente de felicidad, pero es importante seleccionar su objeto y su momento.

Junto a las actividades tribales, el hombre reclama momentos de recogimiento. En esos instantes elegidos se libera de obligaciones con los demás,

respira y disfruta de una sensación de anchura ajeno a las estrecheces propias del contacto con los otros. Si la soledad es real, si es trabajada, siente como se aleja de maldades que solo pueden darse en sociedad: ambiciones, envidias, avaricias, celos, rencores, codicias, miedos, etc... Se exige entonces del duro trabajo de administrarlas o esquivarlas. Para gozar de su soledad el hombre tiene que huir de todo esto. La vida se convierte en una continua huida. Le persigue, sobre todo, el hastío. Éste consiste en no saber qué hacer, en no ser capaz de realizar algo vital o productivo, algo nuevo. El ocio pasivo no es más que un modo fugaz de evitar que el hastío llegue a la consciencia. Este hastío se manifiesta incluso rodeado de gente. Veamos un ejemplo que nos cuenta Erich Fromm:

- Pensemos en una reunión social a la que hemos sido invitados. Sabemos exactamente lo que dirá esta o aquella persona, lo que contestaremos nosotros y lo que replicarán ellos. (...) mi interlocutor y yo aparecíamos siempre vinculados en forma de estímulo y reacción, sin que surgiera nada nuevo, sino siempre el mismo disco gastado y agotado: puro hastío¹

Para no sentirse su víctima se necesita otro tipo de ocio. Defiendo el ocio activo de la soledad, en el que huir es secuestrarse. El retiro del mundo es hacerse rehén de uno mismo, mirarse con distancia y así apartarse de los convencionalismos, prejuicios e ideas preconcebidas que uno arrastra dentro de sí. Para rescatarse, la soledad ha de ser un lugar de independencia completa, una buhardilla, una trastienda, un rincón apartado del que solo nosotros tengamos la llave. Como nos dice Montaigne: “Hemos de hacer como los animales que borran su rastro a la entrada de su madriguera”².

1 Erich Fromm. El amor a la vida. Página 32. Altaya, 1993.

2 Michel de Montaigne. Ensayos. Página 314. Altaya, 1994.

Entonces el animal solitario está en condiciones de recuperar el tiempo. El ocio es tiempo libre, con toda la radicalidad de esta expresión. Frente al tiempo utilitario, el tiempo de lo cotidiano lleno de servilismos, está el tiempo perdido del ocio en soledad. Paradójicamente ésta es la única manera de ganar el tiempo, de recuperarlo e invertirlo en uno mismo.

“ Para rescatarse, la soledad ha de ser un lugar de independencia completa, una buhardilla, una trastienda, un rincón apartado del que solo nosotros tengamos la llave. ”

En soledad el hombre practicará la charla continua consigo mismo. En esencia, en eso consistirá el ocio activo en cualquier forma que le demos. En mi opinión, debemos recuperar la idea de cuidado de sí que nos llega desde la antigua Grecia a través del ocio. Los sabios griegos proponían el retiro para practicar el ejercicio sobre sí mismo y elaborar un cierto modo de ser, que procure la felicidad y la libertad. Ya Epicuro nos exhorta: “Sobre todo, retírate dentro de ti mismo cuanto de te veas obligado a estar entre la muchedumbre.”³ Y en su búsqueda del placer aconseja huir de la gloria o la alabanza, de los grandes festejos o de la actividad política para dedicarse, sobre todo, a la actividad intelectual. Pero donde más claramente se aprecia este concepto de cuidado de sí es en el estoicismo, donde llevaba al ascetismo o atletismo de la espiritualidad. Éste consistía en una serie de obligaciones y ejercicios para modelar el carácter del sujeto. El estoico se convertía en artesano de sí mismo a través de un catálogo de técnicas. Éstas eran, entre otras, la meditación, la gimnasia o entrenamiento en una situación

3 Epicuro. Obras. Página 99. Altaya, 1994.

de desgracia, el examen vespertino o recapitulación de las acciones realizadas y la interpretación de los sueños. Pero quizá la más importante de estas técnicas fue la escritura, modo de creación y revisión constante del sujeto. Ésta consistía en tomar notas sobre sí mismo para ser releídas, enviar cartas a los amigos con los pensamientos propios o llevar cuadernos donde anotar las verdades que uno necesita. La escritura sigue teniendo ese carácter de creación del yo y de curación de sus males, es un retiro en sí mismo. En palabras de Chantal Maillard: “escribir para curar / escribir para guarecerse / escribir como si cerrase los ojos / para no cerrarlos”⁴. Proporciona un lugar para escaparse del tiempo, acercándose a la atemporalidad de los sueños, alejándose de la cronología útil de lo cotidiano.

“ En soledad el hombre practicará la charla continua consigo mismo. En esencia, en eso consistirá el ocio activo en cualquier forma que le demos. ”

La escritura es una fortaleza de la soledad. “Escribir es defender la soledad en que se está”⁵, nos dijo María Zambrano. Recuperemos este modo o cualquier otro de encontrarse el hombre consigo mismo, secuestrarse y pagarse rescate. Hagamos activo nuestro ocio, practiquemos la soledad. Recordemos lo que nos dijo Ortega y Gasset: “La soledad, hora tras hora goteando sobre el alma, hace faena de forjador de ella. La soledad tiene algo de herrero trascendente que hace a nuestra persona compacta y la repuja.”⁶

4 Chantal Maillard. Matar a Platón. Página 73. Tusquets, 2004.

5 María Zambrano. La razón en la sombra. Página 20. Siruela, 1993.

6 José Ortega y Gasset. El espectador. Página 186. Salvat, 1983.